

LAIS

Boletín del Oratorio de Albacete

Núm. 101

ENERO

Año 1972

SUMARIO

La paz que está en la justicia – en el respeto del hombre – y no en la fuerza – en la imposición de un orden –, se desprende del misterio navideño, ese acercamiento de Dios a la humanidad con el anuncio de una renovación iniciada con Cristo, pero todavía no acabada y por eso urgente. Todo el esfuerzo de la Iglesia se centra en la fidelidad a la transmisión de este mensaje, del Evangelio. Siempre nuevo, siempre necesario, coincide con las aspiraciones más nobles y constantes de los hombres que buscan, con mejor o peor acierto, conscientemente o sin saberlo, lo que coincide con el ofrecimiento de Cristo.

Este número contiene:

FALSAS IMÁGENES DE LA PAZ	2
POR LA PAZ	3
BANALIZACIÓN DE LA NAVIDAD	5
IDEALES E IDEOLOGÍAS	7
ORACIÓN POR LA PAZ	8
«VIVIR SOBRIA, JUSTA, PIADOSAMENTE»	9
LA REFORMA LITÚRGICA	11
«JESUS CHRIST SUPERSTAR»	13
COINCIDENCIAS	15



FALSAS IMAGENES DE LA PAZ

La paz no es una insidia. La paz no es un engaño sistemático, mucho menos es una tiranía totalitaria y despiadada, y de ninguna manera violencia, pero al menos la violencia no osa apropiarse del nombre augusto de la paz.

Pensamos que es sumamente importante tener una idea exacta de la paz, despojándola de las seudoconcepciones, que muy a menudo la revisten, deformándola y alterándola, lo diremos en primer lugar a los jóvenes: la paz no es un estado de estancamiento de la vida, la cual encontraría en ella, al mismo tiempo, su perfección y su muerte: la vida es movimiento, es crecimiento, es trabajo, es esfuerzo, es conquista...¿Lo es también la paz? Sí, por la misma razón de que ella coincide con el bien supremo del hombre peregrino en el tiempo y este bien jamás es conquistado totalmente, porque está siempre en trance de nueva e inagotable posesión: la paz es, por lo tanto, la idea central y motora de la fogosidad más activa.

Pero esto no quiere decir que la paz coincide con la fuerza. Esto lo decimos especialmente a los hombres con responsabilidades, porque ellos, que tienen el interés y el deber de mantener una normalidad de relaciones entre los miembros de un determinado grupo --familia, escuela, empresa, comunidad, clase social, ciudad, estado-- se ven constantemente tentados a imponer por la fuerza tal normalidad de relaciones, que asume la figura de la paz, en ese caso la ambigüedad de la convivencia humana se convierte en el tormento y en la corrupción de los espíritus humanos: se convierte en impostura vivida la atmósfera resultante unas veces de una victoria sin gloria, otras de un despotismo irracional, de una represión opresora e incluso de un equilibrio de fuerzas en continuo contraste.

PABLO VI

POR LA PAZ

La estrategia de los poderosos según el mundo, suele ser la que permite alcanzar éxitos a corto plazo; estrategia de la intrascendencia. Se justifican con la aplicación inmediata del derecho (?) que se apoya en el realismo de los hechos consumados. No se da tiempo a ninguna reflexión, a ninguna revisión o, si alguna apariencia de esto se consiente, ha de ser para manipular dialécticas que conduzcan rápidamente a la prevalencia formal de la razón del más fuerte, no a reconocer la fuerza de la razón. La razón impoluta, estorbaría.

Deshilvanar la historia de los pueblos es, muchas veces, concatenar los efectos de las mayores razones de fuerza y de las conculcaciones de la fuerza de la razón. De donde el proverbial “si quieres la paz, prepara la guerra” —de los latinos, “si vis pacem, para bellum”—. Libros de historia o páginas de periódicos, muestran ejemplos continuos de este aserto, todavía válido entre los hombres, porque todavía no hemos aceptado la paz que nos daba Cristo, que no es como las paces —precarias, ficticias, impuestas, aparentes...— que, sin Dios, construimos los pobres hombres. La paz de Cristo no es una paz impuesta, ni cristalizada en el éxtasis de ninguna satisfacción inmovilizante; no es una paz que puede apoyarse en la fuerza. “La fuerza de este mundo, es debilidad ante Dios”; las fuerzas son expresión desorbitada y desorbitante del miedo del que las exhibe, aunque pretenda causar miedo, porque siempre, quien más teme, no es el que soporta la amenaza, sino el que la aplica. La garantía de la paz cristiana está por encima de las fuerzas humanas.

De esta paz nos ha hablado el Papa cuando ha dado esta consigna para la JORNADA DE LA PAZ de este año. El Papa dice: **si quieres la paz, trabaja por la justicia**. Porque esta paz es la única paz segura y verdadera; todo lo demás no es paz, no son paces, sino provisionalismos hueros o, sencillamente, falsedades.

No hace muchas semanas, con ocasión de la audiencia concedida a un grupo de hombres que habían sufrido muy de cerca la guerra —antiguos combatientes, luchadores de la resistencia, exdeportados y prisioneros, provenientes de dieciocho países europeos—, el Papa les decía:

Vosotros no os resignáis a recordar las emociones que tan profundamente marcaron vuestro destino; ni siquiera os basta proveer al socorro y a la confortación necesarios a los supervivientes de esta historia dramática que concluyó con el balance de tantos millones de víctimas. Lo cual sería ciertamente digno de alabar. Esta desgraciada y trágica experiencia os incita a promover un porvenir más pacífico.

¿Pero quién, actualmente, se atrevería a decir que no desea la paz?... No obstante ¡cuánta inconsciencia subsiste, todavía, en el mismo corazón de muchas manifestaciones que quieren ser pacifistas! ¡Cuántas mentiras o maniobras con afán de dominio se ocultan tras ciertas pretensiones de paz!

Y el Papa alentaba a estos supervivientes de la última Guerra Mundial, a que, no obstante haber pertenecido, entre ellos mismos, a campos contrarios en la pasada contienda, dieran testimonio de verdadero y de humano y cristiano pacifismo. Y señalaba algunos puntos que era preciso tener en cuenta y respetar:

El derecho de las personas y de los pueblos a ser considerados de acuerdo con su dignidad, con su propia originalidad y soberanía y, por consiguiente, eliminando el recurso a la fuerza ofensiva, la renuncia a la escalada ruinosa de armamentos cada día más mortales, el alejamiento del odio y de las discriminaciones de cualquier clase que sean.

Pero, puntualizaba:

No obstante, esto no basta. SI QUEREIS LA PAZ, TRABAJAD POR LA JUSTICIA. La piedra de toque para un mundo justo y fraternal.

Dirigiros a las nuevas generaciones. Conocéis la generosidad de gran número de estos jóvenes, lo mismo que os dais cuenta de sus protestas y de su impaciencia ante un mundo que no les puede satisfacer...Orientad con el realismo que os da la experiencia estas fuerzas vivas hacia los nobles ideales que tenéis en vuestro corazón: la justicia entre los pueblos, la amistad, la paz.

Que el nuevo año, sea para los creyentes, un estímulo rejuvenecedor de los mismos propósitos. La paz han de hacerla los grandes, los que presiden y rigen los destinos de los pueblos; la paz también pueden malograrla o escarnecerla ellos. Pero no desplazemos demasiado nuestras propias responsabilidades cristianas, a nivel personal, familiar o social. Seamos justos. Si en la sociedad donde nos integramos acudimos con las insaciables apetencias y egoísmos que buscan estabilidades al margen de Dios, o con un Dios que nos sirva en vez de servirle, tendremos que suplementar nuestra propia debilidad con apoyos de fuerza, de amenaza, de coacciones y de estrategias mezquinas que nos llevarán y encerrarán en un círculo cerrado de egoísmos, aunque, aparte de ello, nos construyamos y cumplamos con un convencional y adornador código moral que disimule provisionalmente nuestras grandes debilidades. La paz cristiana es dinámica, es creciente, es trascendente, es espiritual: no es envasable ni puede fingirse por el martilleo sugestivo de las propagandas. Cristo, la hermandad universal, el respeto a los derechos —al ser— de cada hombre y de cada comunidad, sin prescripciones, sin atropellos, sin justificaciones fariseas de “hechos consumados”.

Cuando a nivel personal, la fe nos sirva para revisar las propias actitudes y el enjuiciamiento, según Dios, del mundo en el cual estamos colocados, haremos, entre todos, que sea posible —más posible— la paz, y que la veamos crecer, como expansión libre y fecunda del bien.

BANALIZACION DE LA NAVIDAD

Lo peor de las banalizaciones no es que ocurran, sino que pasen desapercibidas. Toda banalización es el resultado de una presión o de una negligencia corruptoras que destruyen la calidad de lo que tocan y lo vaporizan.

El concepto de la Navidad ha sufrido el contagio degenerador consumista, explotado — como tantas otras cosas santas — con miras propagandísticas que lo convierten en un pretexto comercial más. Varios periódicos, por ejemplo, nos han reproducido la fachada de unos grandes almacenes de Tokio — donde el catolicismo y las iglesias cristianas constituyen una exigua minoría — con un soberbio y tebesco “Papá Noel” y su saco a cuestras. Dentro, en los almacenes, venden los regalos para la felicidad navideña. Es un detalle de estandarización occidentalista, allí también admitida, como se digieren aquí los filmes y los reclamos americanos.

En otros periódicos se nos exhibía ese colosal abeto de unos veinte metros plantado en una céntrica vía madrileña donde constituía, decía una crónica, la «apoteosis de este gran alarde navideño».

La celebración de la Navidad cristiana — por lo menos en países de bautizados — ni es una “apoteosis” ni un “alarde”.

Es preciso descubrir y señalar estas banalizaciones. Si fuesen excesivamente sutiles, pasarían desapercibidas y no provocarían reacción alguna. El contraste evangélico de luz y tinieblas, de verdad y mentira, de lo que da vida y de lo que conduce a la muerte, es ley de la existencia y del crecimiento de la fe. Creer quiere decir elegir continuamente, seleccionar y crecer en la fe; no significa llegar, situarse y permanecer, como algunos quisieran, en posiciones inmobiliarias de logro cristalizado. La fe no es una seguridad, sino una luz para caminar, y la vida todavía es camino.

No hace falta que citeamos el delirio luminoso y tenderil de las ciudades: un infarto colectivo de tránsito en las calles, y luz y ruidos y prisas y dinero que se

gasta, tenido o esperado o sin tener — ¡ay cuestras de enero!... — Alegría inconsciente, despilfarros, aunque también mezclado con el deseo de hacer felices a los que se quiere. Pero no tantas veces.

Es obvio que no existe proporción entre la celebración gozosa y cristiana de la Navidad y esa banalización ruidosa, comercial y pagana que toma pretexto de cualquier conmemoración religiosa no sólo mitificándola, sino desplazando más lejos incluso del simple sentimentalismo, olvidando y destruyendo valores que no acierta ni siquiera a substituir reflexivamente por otros elegidos con libertad, sino cediendo a la embriaguez que transforma el mundo en gran supermercado de todas las frivolidades enajenadoras y deshumanizadoras.

Cristo gozo y liberación de los hombres, Cristo bendición de los pobres, Cristo bienaventuranza luminosa de los corazones limpios, es olvidado, relegado, como un pretérito decorativo de la historia del mundo.

Nosotros creemos, sin embargo, que esta banalización corrosiva, lo mismo que otras abdicaciones o reniegos, dejarán paso, finalmente, a una purificación de la idea misma del cristianismo, porque esta banalización engañosa sólo puede identificarse con el falso cristianismo, vaporizarlo y hundirlo, y que servirá para forzar el contraste entre lo falso y lo genuino, haciendo a éste más reconocible, aunque de momento retrase su progreso e induzca a confusiones colectivas lamentables.

La encrucijada del 1 de enero de 1972, tiene una importancia especialísima como JORNADA DE LA PAZ. Se constata falta de paz en nuestras comunidades. Hay turbación en los espíritus. Queramos o no, son tiempos de tensión. Lo lamentable es que las tensiones degeneren en conflictos en lugar de discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los Obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir (Oct. adv., 4). Los medios de información enturbian con frecuencia las tensiones. Y las actitudes pasionales o irreflexivas impiden un entendimiento constructivo y pacífico. Pidamos al Señor que, tanto los compromisos del año 1970 para luchar contra la pobreza, como las justas aspiraciones de la Asamblea Conjunta en el presente año, cristalicen dentro de 1972 en frutos de verdad, de libertad, de amor y de Paz.

**IRENEO, Obispo de Albacete
(dic. 1971)**

IDEALES E IDEOLOGÍAS

No hace mucho, un teólogo peruano, de gran influencia intelectual en todo el continente americano —fue el principal redactor del famoso documento episcopal de Medellín—, decía que, por lo menos en América latina, no era ya el caso de hablar de diálogo teórico entre marxistas y cristianos. Nos referimos a Gustavo Gutiérrez, profesor de teología en la Universidad de Lima y profundo conocedor de Marx.

«La nueva generación —decía— rehusa del mismo modo la ideología marxista que las que pudieran venirle de la Iglesia. En todo caso, lo único que le interesa, respecto al marxismo, es un método político y una eficacia realizadora; respecto a la Iglesia, le interesa solamente el Evangelio. Los cristianos de hoy viven un riesgo y una búsqueda. Hoy la fe vuelve a ser nómada como en los tiempos de Abraham: deberá atravesar desiertos antes de penetrar en una tierra prometida, que será siempre algo provisional que se mueve entre las vicisitudes temporales».

Los críticos más radicales de la sociedad actual —Marx el primero— han entendido por ideología las construcciones intelectuales posteriores a una determinada situación humana, elaboradas para justificar, mediante la consiguiente enajenación, las diferencias e injusticias mantenidas. Es evidente que las mismas experiencias marxistas han caído en los males que pretendían desterrar, porque han elaborado “otra” ideología. También es evidente que el cristianismo puede ser tomado y manipulado como una ideología cualquiera; pero se resiste a ello si se analiza con una referencia constante al Evangelio. Por esto es buena señal, en esta época de crisis de las ideologías, que incluso las críticas de los que más exigen de la Iglesia, invoquen siempre el Evangelio.

Buena señal, si lo hacen con honradez, si también buscan en él esa luz que hay que levantar en el camino de los hombres; si lo enarbolan como un ideal purificado y purificador de todas las ideologías. Porque el Evangelio es el ideal para un camino, no un pretexto ideológico para perezas y egoísmos.

Si el Evangelio fuese reducible al solo anuncio de una forma de la grandeza y del esplendor del hombre y de la historia, no pasaría de una ideología más, diría Paul Tillich, que dejaría paso al cinismo y a la desesperación. El Evangelio es un ideal para un camino, una vertical de eternidad, de espíritu, sobre la horizontalidad de lo secular y sensible, que no destruye, pero que trasciende.

“*Vivir sobria, justa, piadosamente*”

Del libro de Jesús Aguirre, SERMONES EN ESPAÑA, Edicusa, M. 1971. La cita de san Pablo (Tito, 2, 11) corresponde a la segunda lectura de la misa de medianoche de Navidad.

A través de todas las humanas incertidumbres, que no desaparecen; a través de todas las zozobras, que en modo alguno quedan aminoradas, el futuro cristiano es siempre futuro de esperanza.

A su discípulo le dice el Apóstol: «Vive sobria, vive justa, vive piadosamente».

Piedad

Ante el adjetivo “piadosamente” reaccionamos con instintivo movimiento de repulsa, porque a la piedad la hemos degradado a mojigatería, a beatería y, en el mejor de los casos la hemos convertido nada más que en humanismo, en deseo por nuestra parte de ser mejores. Está claro que vivir religiosamente implica que el hombre busque a Dios, que escudriñemos nuestro corazón y en el corazón del prójimo para ir levantando piedras enteras de la realidad por ver si Dios está debajo. Pero primordialmente vivir en piedad es que el hombre se deje él buscar por Dios mismo. Nosotros lo buscamos a él, y el sentido de esa búsqueda es un ciego tanteo de quienes no tenemos ojos para un camino que es el de los ojos de Dios buscándonos.

El humanismo ocupará un segundo lugar, un sitio de entretenimiento en nuestra preocupación religiosa. Porque dejarse buscar por Dios es vivir esa fe que no podemos administrar, ni podemos dominar por entero.

Sobriedad

Vivir sobriamente. La pobreza es una virtud evangélica dramáticamente imposible en nuestro mundo de desarrollo y de miseria. No sabemos, hace ya mucho tiempo que no sabemos qué es pobreza. Sabemos lo que es deshucio,

lo que es tener que vivir miserablemente. Los otros, si nos ponemos a su alcance, nos lo enseñan muy bien. ¿Hay una distinción entre pobreza como virtud y pobreza como situación? Empecemos modesta, burguesamente por ser sobrios, como ejercicio que tal vez nos lleve al descubrimiento de la pobreza. Antes de poseer debemos necesitar. A través de esa necesidad, medida a escala de todos y no únicamente de la que sería la nuestra, haremos que las cosas que poseemos sean humanas. Nuestra misión es dominar la tierra, hacerla cercana al hombre, porque en el hombre Dios ha dejado su imagen de preferencia. Poseer algo es humanizarlo. Pero las cosas seguirán siendo nada más que cosas, enemigas nuestras en su peso que se nos adhiere, si no tardamos en ir hacia ellas, si nos apresuramos a apetecerlas sin haber antes calculado nuestra fuerza de dominio sobre ellas. El servicio a los otros, nuestra comunicación con ellos, entrarán también, por justicia, por caridad y por inteligencia, como elemento preponderante en la medición de esa capacidad dominante y humanizadora.

Justicia y Amor

Vivir justamente en el amor y en la paz. La justicia en el amor consiste en aceptar y comprender el duro hecho de que tenemos que desear amar siempre más de lo que nos aman. Nos afanamos porque nos quieran, con esa seguridad que depara saber que nos quieren más aventajadamente de lo que queremos nosotros. Es nuestro egoísmo el que queda humillado por la mayor fidelidad nuestra a nuestro amor. Porque nos equivocamos al pensar que nuestro amor y el menor que nos tuvieron terminan en nosotros mismos. El amor de un cristiano es un serio, denso, responsable juego para ir haciendo tiempo mientras nos llega el otro amor definitivo, que alumbra lo que no somos todavía, lo que nos hace capaces de desear perdernos en un misterio insondable, amor que salva —que condena— porque sí ama él mismo más: Dios.

Justicia y Paz

La justicia en la paz. La paz no es algo que se detenta, no es algo que se ostenta; la paz es algo que se busca. Cuando la paz se detenta y se ostenta, cuando se ha dejado de buscar, se ha convertido en guerra. Ha dejado de ser el deseo de cobijar a más amplias y distintas comunidades para degradarse en grito polémico de un grupo, en bandera electoral, legítima en sí tal vez anteriormente, pero ilícita a partir de tal momento, de los que siguen venciendo porque no se transforman. No sabemos lo que es la paz, ni debemos jamás llegar a saberlo. Cuando nos convencemos de haber llegado a adivinarlo, queremos siempre administrar nosotros esa paz y defenderla en contra de quienes no creen en ella. Entonces comienza la guerra. Si se trata de una paz íntima, comenzará la guerra a asolar nuestros corazones. Si es de paz pública de la que se trata, será una guerra sobre los corazones y los mapas.

LA REFORMA LITURGICA

Problemas y esperanzas de su evolución

Desde siempre, los poderes centrales de la Iglesia han dedicado particular atención a la vida litúrgica. A pesar de lo cual se había producido un anquilosamiento tal que la había sumido a rudimentarismos arcaicos. Se habían subestimado los aspectos pastorales de la liturgia, mientras que el culto a las rúbricas impedía nuevas experiencias y movimientos.

El paso decisivo lo dio el Concilio al hacer posible el uso de las lenguas vernáculas en las celebraciones. De este modo las comunidades cristianas pudieron, por primera vez, entrar en contacto con el tesoro de los textos de la Iglesia y se hacía posible una mejor participación: se suprimía la separación entre la lengua del pueblo y la del sacerdote, entre la lengua hablada y la reservada al culto.

LA SAGRADA ESCRITURA

A pesar de esta evolución positiva —que solamente es lamentada o encuentra oposición entre los fanatismos tradicionalistas—, es ahora cuando han aparecido los verdaderos problemas litúrgicos: el recurso multiplicado a la sagrada Escritura, que había permanecido discretamente desconocida por muchos fieles, requiere una interpretación seria de los textos y suscita cuestiones críticas que antes no se habían planteado; tampoco las oraciones antiguas satisfacen siempre las exigencias comunitarias. La estructura de la misa, nacida en la antigüedad, necesita nuevas adaptaciones para responder a las exigencias pastorales de hoy. Falta todavía mucho para el logro de una reforma satisfactoria de la liturgia solemne, en especial por lo que se refiere al aspecto musical. Por una parte las melodías tradicionales, sin perder su calidad, no siempre encajan con los textos vertidos al lenguaje moderno; por otra parte, la formulación de los nuevos textos tampoco resulta en todos los casos satisfactoria, unas veces debido a la rapidez con que se procedió a las traducciones, otras por evidente pobreza cualitativa que ha puesto en evidencia una inferioridad del concepto lingüístico.

LITURGIA Y MUNDO

Pero el problema esencial no parece que pueda ser el de las traducciones a una lengua menos arcaica o el de introducir en la liturgia una teología más rica en los textos, sino en conjugar un entrelazamiento entre la liturgia y la vida familiar, profesional y política de los fieles. No puede satisfacer una liturgia concebida como un enclave religioso en medio de un mundo secularizado. La construcción de un mundo sagrado al lado de un mundo que se proclama profano conduce, inevitablemente, a una perniciosa duplicidad. Las relaciones entre las obligaciones sociales del cristiano —que son una forma de amor al prójimo y por lo tanto de amor a Dios— y de la liturgia en sentido estricto, precisan de una previa reflexión para ser luego traducidos en hechos. La separación de la vida cristiana en vida sagrada y en vida profana, en vida “natural” y vida “sobrenatural” debe ser abandonada. La liturgia no puede ser ni justificar una fuga del mundo, sino que ha de convertirse en fuente de inspiración para una actividad social y fraterna del cristiano proyectado en él.

Un problema importante de la reforma litúrgica se refiere al abandono de toda mentalidad arcaico-mágica a propósito de los sacramentos. Aunque el hombre contemporáneo no es, en modo alguno, enemigo de los símbolos, como lo prueba la importancia creciente que concede a las artes en la variada multitud de sus manifestaciones.

LITURGIA Y COMUNIDAD

En el futuro la liturgia no puede ser concebida sino en relación con la vida total de la comunidad. Lo que ocurre es que esta misma comunidad está en crisis. Las tendencias técnicas y urbanizadas de la sociedad moderna provocan, a consecuencia del crecimiento progresivo de las ciudades, un aumento territorial y numérico de las comunidades. Estas comunidades carecen de dimensiones humanas y también, en gran parte, de contactos sociales internos. El pueblo de la Iglesia reunido en asamblea litúrgica, tiene poquísimos contactos sociales fuera del lugar y de los actos de la misma celebración. No existe más contacto, dentro de un acto litúrgico, que el que se establece entre el sacerdote y la comunidad, y falta el debido entre los miembros que constituyen la total asamblea. Con frecuencia existe una verdadera separación entre la liturgia y la vida de esta comunidad, y la mayor parte de los miembros no participan, de hecho, en los actos litúrgicos (con una abstención que alcanza el 80 y el 90 %). La liturgia no da vida a una comunidad permanente que subsiste más allá de la misma celebración, y también existen grupos cuya comunión no encuentra, en la liturgia, su expresión suprema.

Otto Mauer

(En el IX Congreso mundial de UCIP, de Luxemburgo)

«*Jesus Christ Superstar*»

Ha tenido cierta resonancia mundial la representación teatral que en New York se ha montado y mantenido en cartel, con entusiástica afluencia de público especialmente juvenil, con largas colas en la taquilla y aplausos rayantes en el frenesí al final de los cuadros. Ha llamado la atención en diversos medios informativos, americanos y europeos, porque esta vez no se polarizaba la atención en el mito catalizador de un cantante de moda o de un líder que lanza proclamas calificables, desde algún punto de vista, como subversivas.

Esta vez se trataba de un grande y soberbio espectáculo con un argumento sacado literalmente —y puede decirse también que respetuosamente— del Evangelio. El personaje central era Jesús, y se exponía el drama de su última semana de vida.

No es posible relacionar dicho espectáculo con las representaciones de la Pasión que se conocen, un poco por todas partes, y dignísimas algunas de ellas. Muy brevemente puede decirse que se trata de una escenificación concebida para jóvenes, y que éstos han comprendido y aceptado de un modo inmediato con una respuesta calurosa, verdaderamente extraordinaria, y que ello se ha producido sin que haya mediado, en dicha teatralización, ni irreverencias, ni mutilaciones ideológicas, ni extorsiones del texto sagrado. Se ha conseguido mantener, con integridad teológica, un espectáculo modernísimo en su montaje y versión que, si algún defecto se le puede achacar, ha de ser únicamente técnico teatral; pero sin daño cara al éxito global del espectáculo extraordinario y fascinante.

Dos reflexiones se nos ocurren al interpretar este suceso y este éxito innegable.

En primer lugar, nos parece que evidencia la necesidad de permanecer en el esfuerzo por presentar a Cristo e interpretar su vida y sus palabras en relación más inmediata con la fluidez vital de cada época, de cada edad, de cada momento: y ahora en el nuestro. Y decimos esto sin dejar de reconocer que sea posible haber incurrido en la arcaización de su figura a tantos niveles del sentimiento cristiano, en parte por el mismo “respeto” con que se le ha tratado: por el temor de perder, deteriorándola con inseguridades interpretativas, la integridad y validez redentora que en él se centra. No obstante, es preciso recordar que el cristiano no puede serlo con solo guardar y conservar lo que

Cristo dijo y fue, sino que ha de conectarlo y extenderlo hasta meter su espíritu en la plasticidad de la vida actual y actuante. Cristo ha de ser inteligible y vivido, en tránsito continuamente superador y generoso. Gracia y mensaje, don y transmisión, aceptación y entrega, fe y encarnación. Lo cual no es posible sin la generosidad pobre de seguridades, dinámica de esperanzas, limpia de intenciones y liberadora y sobrenaturalizadora de la existencia tal como fluye.

En segundo lugar, cuando esa popularización de lo sagrado se realiza a base de los recursos y de los medios "consumistas" y espectaculares, se nos antoja detectar, más que un síntoma de hambre y sed de Cristo, un ansia menos definida de algo grande e ideal, ciertamente, pero todavía no descubierto, ni siquiera en Cristo, aunque se le aclame y vitoree al ritmo de la música nueva y a la claridad de las luces artificiales del cielo eléctrico y centelleante de un escenario que ha costado millones montar. Cristo no es un personaje estelar, ni un famoso, ni un caudillo, ni un revolucionario. Hay en él una dimensión superior cuya trascendencia y reconocimiento no se satisface con su proclamación. Estos jóvenes que han aplaudido en el Manhattan neoyorquino al "Lamb of God" y al "King of Kings" y al protagonista del fascinante **Jesus Christ Superstar**, han aplaudido las coincidencias de su vida con la "forma" en que se les ha presentado la de Cristo; pero es más probable que no hayan reconocido en él una meta o un molde según los cuales debería configurarse. Han presenciado y "consumido" una ración excelente de un producto consumista, de una cultura vendible y, como tal, síntoma de un fideísmo decadente, tan criticable como las caducas beaterías sonoras pero estériles, faltas de auténtica vida y de creatividad. Ha sido un espectáculo, otro espectáculo, pero no un paso adelante en el anuncio del Evangelio, cuya eficacia no puede descansar en el soporte de unos costosísimos decorados —aunque hayan sido diseñados por el artista-comerciante Salvador Dalí—, ni en los mil reflectores o los sonidos del "rock" musical compuesto con acierto, es verdad, por Andrew Lloyd Webber sobre el libreto de Tim Rice.

Y conste que no apuntamos esta reflexión como una crítica despreciativa sino, simplemente, porque demasiadas veces, cuando se ha pretendido hacer asequible lo sagrado, o lo hemos convertido en un signo espectacular que ha durado lo que el afán novelero nuestro o de las gentes superficiales ha tolerado, o hemos descendido a vulgaridades triviales, igualmente beatas, o más beatas que las que pretendíamos amortizar.

El mejor teatro o película o narración u obra de arte cristiana, no será, necesariamenete, la que tenga por protagonistas obligados a Cristo o a los santos, sino la que tome la realidad terrena y la impregne de sentido cristiano, sin demasiadas candilejas, ni orquestaciones himnódicas.

Cristo no es un super-astro, sino, todavía, el salvador, el libertador de este mundo, de esta vida nuestra de ahora, si cuidamos de no elevar el pretexto de su proclamación para sucesivas enajenaciones luminosas, pero estériles.

coincidencias

GANDHI NOS HABLA DE LA NAVIDAD

Los que no quieren la paz para todos los hombres, tampoco la quieren para sí mismos, ya que no es posible alcanzarla si, al mismo tiempo, no existe por parte de todos el mismo intenso deseo de paz.

Entonces no pensaremos en la Navidad solamente como en un aniversario, sino también como en un acontecimiento que puede realizarse toda nuestra vida.

Lo importante es vivir la vida que nunca se para, que continuamente marcha hacia la paz.

Es posible, por cierto, sentir la paz incluso en un ambiente de lucha, pero sólo a condición de sacrificarse y crucificarse para que desaparezcan las causas de los conflictos.

Así que, como el nacimiento de Cristo es un acontecimiento, la cruz también es un acontecimiento en esta vida de lucha.

Por esta razón nosotros no tenemos derecho a la Navidad, sin pensar también en la muerte de cruz.

Cristo vivo, significa Cruz viva.

GANDHI (1932)

ATLAS DE LA LIBERTAD

Si consiguiéramos hacer resonar por toda la tierra la pregunta: "Hom'bre: ¿quieres ser libre?", tendríamos grandes sorpresas.

En el tercer mundo las masas están sumidas en una situación infrahumana y no podrían dar una respuesta auténtica. Aplastados a un mismo tiempo por el colonialismo interno y por el neocapitalismo, una especie de subhombres han caído en el fatalismo, en la falta de esperanza, en el miedo.

A la religión, tal vez, con su fuerza moral le gustaría amparar a estos oprimidos de los países desrollados. ¿Pero no estamos viendo que, tanto en los países pobres como en los países ricos, existe una tendencia a utilizar la religión?... La religión gozará de prestigio y de dinero en la medida en que ayude a mantener la situación establecida. Será tolerada, incluso alabada, en la medida en que interceda por los pobres ante los poderosos y los ricos. Pero será invitada a callar en la medida en que tenga la audacia de reclamar derechos y de plantear el problema de las relaciones sociales en términos de justicia y de exigencia de cambio de estructuras.

En apariencia podríamos llegar a imaginar que solamente los ricos y los poderosos son libres. Pero si nos acercamos y penetramos en su interior, descubriremos fácilmente que son los esclavos de su egoísmo, de su posición social, de su dinero y del miedo de perderlo todo.

Un atlas de la libertad es muy difícil de diseñar y también muy triste. La penumbra de la esclavitud no tiene límites.

Mons. HELDER CAMARA, arzobispo de Olinda (17.7.71, Centenario de "Pax Romana", Friburgo)

LA IGLESIA, TODAVÍA EN BELÉN

La Navidad es nuestra fiesta. Para nosotros la encarnación de Cristo no es algo sucedido allá en el fondo de los siglos; es algo que sigue sucediendo, floreciendo en la Iglesia. Dios sigue viniendo, la Iglesia sigue estando en Belén. Y todo huele aún a recién nacido.

Nos gusta incluso imaginarnos a esta Iglesia, de la que somos apasionados hijos, como un bebé que crece y a quien al mismo tiempo amamantamos y nos amamanta. Un bebé perseguido por todos los Herodes, ignorado por todos los comerciantes, amado por los sencillos de corazón, cuidado y protegido por José y María.

Quizá por eso vivimos asustados, porque sabemos que con el primer Niño no pudieron los fríos, ni las mediocridades, ni las persecuciones. Esta Niña-Iglesia que hoy sigue su tarea tampoco acabará pereciendo en esas trampas: crecerá, madurará, infantil, juvenil. Y nosotros creceremos y maduraremos con Ella.

Mas si no vivimos asustados, sí vivimos inquietos. Sabemos bien que --como decía el villancico-- "no la debemos dormir, la noche santa; no la debemos dormir". Hoy también la Iglesia atraviesa ráfagas de noche y zumban los vientos del peligro como en los rincones oscuros de las fábulas. Pero sabemos que esta noche que cruzamos es "noche santa" como la primera. Y no nos gustaría estar dormidos cuando tantas cosas enormes y magníficas nacen y crecen a nuestro alrededor, en una Navidad permanente.

Por ello quisiéramos ser --y quisiéramos que nuestros lectores fuesen-- inquietos, pero no amargados; críticos, pero no derrotistas; descontentos, pero siempre fieles; insatisfechos de corazón alegre. Y dúctiles en todo, pero en la esperanza tercios.

VIDA NUEVA (18.12.71)

**El principio de año
es una oportunidad
para suscribirse a**

*vida
nueva*

**Revista semanal
de información general
y religiosa**

P. P. C. - Acebo, 54 - Madrid (16)

LAIUS

Director: P. Ramón Mas, C. O. • Edita e imprime: Congregación del Oratorio
Placeta de S. Felipe Neri, 1 • Ap. 182 • Albacete • D. L. AB 103/62 • 7. 1. 72.
